

CRITICA DE LIBROS

J. L. Abellán, *Historia Crítica del Pensamiento español. III: Del Barroco a la Ilustración (Siglos XVII-XVIII)* (Espasa-Calpe, Madrid 1981) 918 pp.

En 1979 nos ofrecía este investigador los dos primeros volúmenes de esta *Historia...* y ya en 1981 nos brinda este tercer volumen con parecido o superior atuendo editorial, muy a la altura de una gran obra. Admira la fecundidad asombrosa de nuestro historiador. Es patente que no todos tienen las mismas posibilidades. En todo caso la propia experiencia en la investigación histórica hace ver lo compleja que es la *Historia de las Ideas*, sobre todo con la amplitud con que ha sido planeada por J. L. Abellán. De aquí una cierta inquietud de que ante la tentación doble del hispano, de lanzado o de demasiado precabido, se haya optado en esta ocasión por lo primero.

En nuestra recensión anterior ponderábamos los valores incuestionables que tiene la obra de Abellán. Con justicia los refrendábamos. Pero en este tercer volumen son las deficiencias las que más se han impuesto a nuestro mente. Tal vez nuestro estudio de cuatro años sobre esta época para *Ueberwegs Grundriss der Geschichte der Philosophie* haya puesto demasiado en relieve estas deficiencias.

No es, en efecto, aceptable tener que constatar que la filosofía, como filosofía, pase a segundo término, al menos por lo que toca al siglo xvii. Que se dedique un capítulo a exponer las condiciones socio-históricas del cambio del siglo xvii al xviii, con gráficos de movimientos de vecindad en diversas poblaciones, será siempre discutible como aclaración de una historia del pensamiento, si no es en un caso muy excepcional. Pero es peor que el historiador se desentienda de un estudioso como R. Ceñal que se expone detenidamente lo que en España se piensa de uno de los máximos problemas filosóficos del siglo xvii, el *argumento ontológico*. En un plano muy cultural, pero filosóficamente no tan elevado, Abellán sigue los rastros del erasmismo en el siglo xvii. Y hace muy bien en seguir esta pista. Pero nos parece que otros movimientos importantes no quedan suficientemente reflejados, como el simbolismo. Pese a la monografía muy sintética y ponderada sobre Calderón, apenas se toca su simbolismo que es, por otra parte, tema epocal.

Tampoco podemos aceptar el juicio resolutivo de que «Barroco y Decadencia son caras de la misma moneda» (p. 47). Es posible verlo así desde el siglo xx. Pero el historiador hace historia. No debe proyectar sus preocupaciones en el pasado. Y desde el pasado, desde la conciencia del barroco, hay que afirmar todo lo contrario: es una *época de triunfalismo*. Hoy esta palabra se halla en crisis hasta en los ambientes clericales más entusiastas. Pero hay que afirmar que si ha habido una época de conciencia triunfalista en los veinte siglos de Cristianismo esta época ha sido el Barroco. Basta dar unos pasos por esta universidad en que profeso o contemplar en el gran templo vecino *La Purísima* de Ribera para tener que confesar que una época en que se plasmaron estas creaciones fue de exaltación gozosa, aún ante los duros contrastes de la existencia, que el Barroco no niega sino que, en ocasiones, por ley de contraste, pone muy en relieve.

Se toca de soslayo un tema sobre el que he tenido que realizar una investigación a fondo. Me refiero al probabilismo. Es ineludible para el historiador laico verlo desde las disputas y quisicosas clericales que siempre se han dado —en esta ocasión, entre jesuitas y dominicos—. Pero el fondo de la cuestión versa sobre la actitud de la Iglesia: de enfrentamiento con el mundo laico o de preocupación por asimilar sus valores. Pascal vio bien que aquí estaba el fondo de la cuestión en su agria lucha contra los probabilistas. En la elaboración de la Paz de Westfalia entraron en cuestión estas dos actitudes eclesiales: la del emperador con los probabilistas a su lado, sobre todo el famoso Caramuel, que quería la paz, al menos con un *mal menor*, y la Santa Sede con los probabilistas que la creían contra los «sagrados derechos de la Iglesia». Se inicia entonces una sima que los siglos xviii y xix ahondarán entre